CRÍTICA LITERARIA

JUAN C. LAFINUR

POR EL

Dr. ARTURO REYNAL O'CONNOR

(EDICION DE 200 EJEMPLARES)

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE OBRAS DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 455

1892

DEL MISMO AUTOR

Introduccion al Estudio del Derecho Internacional Marítimo..... .... 1 tomo

Las comunicaciones á casa del autor, calle Coronel número 809.—Buenos Aires.

Al ilustre escritor, Dr. José M. Gutiérrez.
Recuerdo afectuoso de su
Manuel Pluto, Diciembre 2/98

CRÍTICA LITERARIA

JUAN C. LAFINUR

POR EL

Dr. ARTURO REYNAL O'CONNOR

(EDICION DE 200 EJEMPLARES)

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE OBRAS DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 455

1892

CRÍTICA LITERARIA

JUAN C. LAFINUR

POR EL

Dr. ARTURO REYNAL O'CONNOR

(EDICION DE 200 EJEMPLARES)

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE OBRAS DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 455

1892

1032

DEL MISMO AUTOR

Introduccion al Estudio del Derecho Internacional Marítimo..... .... 1 tomo

Las comunicaciones á casa del autor, calle Coronel número 809.—Buenos Aires.

Al ilustre escritor, Dr. José M. Gutiérrez
Renuevo afectuosos de la
CRÍTICA LITERARIA
Manuel Pluto, diciembre 2/98

JUAN C. LAFINUR

POR EL

Dr. ARTURO REYNAL O'CONNOR

(EDICION DE 200 EJEMPLARES)

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE OBRAS DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 455

1892

PREFACIO

STE no es un libro, para que merezca una Introduccion; es apenas un folleto,—y como sucesivamente le seguirán otros de igual carácter, deseo explicar los motivos que determinan su publicacion, aunque no prevenga los epítetos de tonto ó loco que las personas más ilustradas dirijen á los pocos que honran esta época con sus escritos. ¡Viven en la luna! exclaman los que se dedican á la política, porque á pesar del austero ciudadano que está al frente del gobierno, sigue creyéndose que la suprema muestra del genio es treparse á un puesto público para explotar su influencia oficial,—y no se tiene en cuenta que, mientras aquélla continúe siendo una industria, será más noble cualquiera otra tarea intelectual.

Soy de los empecinados, de los que conservan, á pesar de la edad, los gustos literarios de la juventud. Fiel á mi generacion, prefiero sus hábitos á los de la actualidad, que ha infeccionado el espíritu público con la avaricia y el juego. Me engaño, al menos, creyendo que aun soy jóven,

—y como la vida es un sueño, gocemos, me he dicho mil veces, del amable encanto de la lectura, para olvidar esta existencia sin derechos, sin seguridad individual, digna solo del periodo colonial y no de un pueblo que se independizó hace ochenta años y que se crée libre desde entonces.

Sí, la juventud es la edad literaria,—y ¡felices los que, en las horas de descanso, pueden continuar la vida del estudiante! porque serán eternamente jóvenes, sino por la fuerza y el entusiasmo, por el pensamiento que nos diferencia del vulgo y de la bestia. Dignifica al hombre; es lo único que posée de divino, y así como el cielo entraña el rayo, brota de su cerebro aquella llama que le dá la conciencia de su superioridad y de su fuerza. Es el supremo goce humano, y los que lo han conocido, no le abandonan jamás. ¡Desgraciados los que no han pensado! no son hombres y ni han vivido!

¡Pero el libro es contajioso! El que ha vivido de sus páginas, quiere á la larga tambien hacerlos,—no por vanidad ó imitacion, que en nuestro país, devorado por la política y la industria mercenaria, no tendrían racional explicacion,—sino por la sugestion, esa influencia simpática, que es el orígen de todas las manifestaciones sociales.

Viene á mi memoria, como un recuerdo cariñoso, el conocimiento que teníamos de todas las literaturas, y tan familiar cual hoy el de los naipes y demás juegos de azar. El que no poseía el inglés ó suficientemente el francés, buscaba á sus representantes traducidos al español. Eran inmediatamente devorados, y el escaso dinero que entonces poseíamos, era empleado, á riesgo de nuestra desnudez, en hacernos de una coleccion de autores clásicos y

contemporáneos, como hoy no la veo en las bibliotecas de los hombres más letrados. Nuestras almas, como los tambores marciales, estaban siempre templadas, prontas á la expresion de cualquier idea ó sentimiento generoso, y una desgracia ó iniquidad, en el rincon más lejano del orbe, era un dia de duelo que honrábamos con una lágrima!

Lo confesaré: siempre tuve predileccion por la literatura inglesa, convencido de que ninguna otra poseía genios como el de Shakespeare y Byron, tan profundos por su sicología y colosales por su fuerza imaginativa. Almas oceánicas, me cautivaron sus tempestades, las combas inmensas de sus ondulaciones, sus serenidades olímpicas y las fosforescencias de sus noches.... En 1879, estando en Lóndres, me propuse escribir un ensayo crítico sobre Chatterton, conforme á las tendencias modernas. ¡Admirable asunto! sublime!! Suponeos que se trata de un niño envenenado por sí mismo á los diecisiete años, por no morirse de hambre, y con lo que escribió á los quince, produjo en seguida de cerrar los ojos una profunda revolucion literaria, que dividió á todos los sabios, revistas y diarios de su tiempo! Es el genio más característico que ha producido la humanidad. Traje, al efecto, del Museo Británico todos los materiales necesarios y que iluminaban las huellas sombrías de esa vida de relámpago. Terminé un volúmen en 4°. de 400 páginas, y en vez de enviarlo á la imprenta, lo guardé, porque reflexioné que, si me agradaba la literatura, mi deber era primeramente dedicarme á asuntos nacionales.

Sabía que toda nuestra literatura se reducía á un puñado de hombres, que diseminados en los últimos cien años, dieron indicios, ante propios y extraños, de la existencia del pensamiento en este suelo; pero dedicado más á estu-

dios extranjeros, era un supino ignorante en historia patria. Llevaba, sin embargo, la ventaja del criterio histórico, formado en el trascendentalismo, que me permitía discernir el patriotismo del patrioterismo y saber que la accion es siempre hija de la idea. Así fué; apenas la leí, ví que si la independencia tuvo actores y héroes, fué porque los precedieron hombres de pensamiento.

¡Qué encanto cuando halléme en frente de una generacion que presintió desde el coloniaje la revolución! con todo un clero, ilustrado y virtuoso, que educó en el liberalismo á la juventud; que fueron los maestros de los insurrectos de 1810 y los patriotas del primer Cabildo, en fin, con toda una generacion de escritores, oradores, poetas, periodistas y filósofos, entre los que figuraban prelados y catedráticos de San Cárlos. Fueron los precursores de la revolucion, los que la arrojaron á las auras populares, manteniendo, con su patriótico entusiasmo, airado el brazo de sus combatientes, y todos ellos dieron ejemplo de civismo en la prensa, en las juntas gubernativas, en los campos de batalla, en el púlpito y en el destierro!

¡Qué dolor, cuando los vimos, por la militarizacion de nuestra historia, sepultados y oscurecidos entre sus escombros! Es toda una raza intelectual. Creimos tan enorme la tarea de desenterrarla, como descubrir un cementerio de nuestros aborígenes, los querandíes,—porque ¿cómo adelantar al Dr. D. Juan M. Gutierrez, que dedicó toda su existencia á estas investigaciones, y solo pudo hacernos conocer cuatro ó cinco de estas personalidades? Chocóme el misterio de la vida del Dr. Labarden, que fué aquí, durante varios vireynatos, la primera persona de la colonia, ante la facilidad de zurcir una biografía de

cualquier capitanejo vicioso de la independencia,—y sin dotes de paciencia para este género de trabajos, estuvimos á punto varias veces de abandonarlos, cuando en seguida nos llegaban nuevas noticias sobre Lafinur, Miralla, Azcuénaga, Luca, Rojas, etc., etc.

Créase que, á no mediar en esta tarea una merecida justicia histórica, la habríamos dejado á otros más competentes y que se dedican á trabajos históricos. Nos ha sostenido tambien el amor á esta pléyade, la más argentina, por su nacionalidad, que hemos poseido, y la ~~hemos~~ tomado como cuestion de patriotismo.

Como entre nosotros, por el momento, solo se leen diarios, publicamos el año próximo pasado en *El Nacional* varios de estos ensayos, llegando hasta el número de cincuenta folletines. Podríamos con ellos y otros que tenemos preparados, lanzar ya dos gruesos volúmenes, que serían la mitad de la galería, que llegaría hasta Echeverría; pero los libros, aunque pertenezcan á una notoria autoridad y se regalen encuadernados, duermen en las bibliotecas el verdadero sueño de la muerte, para ir despues á rodar por los remates y las librerías de ocasion sin haber conseguido lectores. Hemos preferido, pues, la forma de folleto, que es más barato y de rápida lectura.

Por ahora sale Lafinur; despues aparecerán Maziel, Luca, Rojas, Labarden, Miralla, etc., etc. y así sucesivamente. Si despues vemos que han logrado, por el carácter de sus protagonistas, despertar la curiosidad por lo menos, nos arriesgaremos á hacer otra edicion en volúmenes, como pensamos primeramente. Saldrán, entonces, bajo el título *Los Poetas Argentinos*, porque como todos ellos, por la costumbre de aquella época, publicaron versos, los tomamos bajo aquel dulce nombre, aunque no

sean realmente tales, ofreciendo así un pretexto para levantarlos unidos de la oscuridad en que yacen.

Solo lamento ser yo el autor de estos escritos, porque otro, con su amabilidad, les prepararía una simpatía, que no puedo con mi intransijencia ante la mentira siempre triunfante. Podeis creerlo, porque tengo más horror que amor á la publicidad. Con ella, generalmente, no se hace sino interrumpir el silencio de una vida quizá feliz,—y tan es así, que si la muerte no aparece tan espantosa, es porque detrás está el olvido, que es el verdadero descanso despues de las luchas egoistas de este mundo.

EL AUTOR.

JUAN C. LAFINUR

JUAN C. LAFINUR

I

PORTEÑO, creo la voz *porteñísimo*, para expresar mi entrañable cariño por este pedacito de tierra, que se llama Buenos Ayres,—pero en nombre de la unidad de la patria, infinitamente superior, experimento una intensa satisfaccion cuando tropiezo en el curso de estos estudios con un hijo de provincia, que honró la suya con sus luces, proyectándolas todavía desde la posteridad sobre las letras argentinas Un sentimiento hidalgo, inspirado en un patriotismo fecundo, me impulsa á darles la bienvenida en el Parnaso: abandonaron, jóvenes y oscuros, sus lejanos hogares, para llegar, trás un viaje penosísimo, á esta Atenas del Plata, que creerían un Areópago, y bebiendo las aguas de Castalia, enardecieron con sus himnos el

brazo de los guerreros, mientras que Lopez, Rojas, Luca y Varela, por haber nacido en la metrópoli, poseyeron una idea precisa y distinta de la patria, sin pensar ni ahogar ninguna afeccion local.

Sarmiento, Domingo de Oro, del Carril, Godoy y Rawson, de San Juan; Alberdi y Avellaneda, de Tucuman; Rivera Indarte, Velez Sarsfield y Barros Pazos, de Córdoba; la señora de Gorriti, de Salta, y Andrade, de Entre-Rios, han contribuido más, con el sentimiento nacional de Buenos Ayres, á organizar la federacion que hoy gozamos, que la Constitucion con su imperio, porque ¿qué importa que ésta diga que las catorce provincias deben componer la Nacion! Había emulacion, odiosidad y rencores de parte de aquéllas, por su inferioridad, contra Buenos Ayres; plan sórdido, por su número, de dominar á ésta; afan de la capital histórica, por creerse el cerebro y el emporio de la civilizacion argentina, de gobernar la República: pasiones innobles, que habrían desaparecido con la organizacion definitiva, si la política, con su intemperancia, no las hubiese sublevado con el egoismo anarquista!

Aquellos distinguidos compatriotas, formando nuestra incipiente literatura hicieron pensar y sentir á los pueblos argentinos con una sola alma. Vinieron á Buenos Aires y nacionalizaron sus inteligencias, trayendo el óbolo de su palabra escrita ó hablada, que es verbo intelectual; enseñaron á los porteños

que el génio nace tanto en las serranías, en los valles, á la sombra de los ardientes naranjales, como en las pampas desoladas; mezclaron, como el Paraná y Uruguay, los efluvios de su sávia en las corrientes del Plata, para enriquecer con sus ideas la inspiracion nacional; borraron, con el pensamiento y los latidos del corazon, que son isócronos y universales, los antagonismos de aldea, para levantar sobre sólidas bases la comunidad, probando que aquéllos, por su trabajo social, son superiores á las armas y pasiones, porque hasta moderan sus ímpetus y corrijen sus errores. Han contribuido á constituir el génio argentino, caracterizando la originalidad de nuestra intelectualidad; son nuestros hermanos, por orígen y aspiraciones comunes: respetémoslos en nombre de la mayor cultura que blasonamos y de la gratitud póstuma, y, sobre todo, amémoslos para consolidar la fraternidad, que será la que, en la avalancha de las inmigraciones, salvará el ideal latino, que es lo más noble que nos legó España y que nos honrará siempre!

No es de ahora que nuestros comprovincianos del litoral y del interior fecundan con el pensamiento, más poderoso que la sangre, el organismo social. Miralla y el Dean Funes, nacidos en la abrupta Córdoba; Maziel, Iturri y Vera y Pintado, sobre las márgenes de esmeralda que riega el correntoso Paraná; Molina y Monteagudo, en la griega Tucuman, etc.

etc., han unido, desde el coloniaje, sus acentos á los de los porteños Labarden, Rodriguez, Luca, Lopez y Rojas, para abrir el derrotero revolucionario, fortaleciendo el espíritu público con la unidad y la inspiracion. ¿Cómo no reconocerlos, con el corazon, argentinos, y tan *argentinísimos* como nosotros! Han amasado nuestro pequeño mundo, arrancándolo del cáos; lo han iluminado hasta con sus miradas, y á su empuje ha brotado en esta cuenca del Plata la vida nacional, la conciencia pública y la fé en un destino superior!

Hijos de la raza intelectual, son, al par de los esclarecidos escritores porteños, los argentinos predilectos, y que el juicio histórico deberá declarar ilustres, porque mantuvieron la unidad de la patria, cien veces combatida y anarquizada por los egoismos de la política. Serenaron con su palabra, en las horas tempestuosas, las aguas, levantando sobre las pasiones el alma del pueblo, y enseñaron que la idea, como atributo de la inmortalidad, es superior á todo y vá hasta más hallá de la muerte, para salvar la nacionalidad. ¡Gloria á éllos, que pensaron para que viviésemos, y que murieron para inspirarnos con su recuerdo y el ejemplo de su accion incesante!

Juan Crisóstomo Lafinur es uno de estos obreros oscuros del pasado, que llevó su grano de arena al movimiento intelectual que nos emancipó por la regeneracion de las ideas. Nació el 27 de Enero

de 1797 en el pueblecillo *La Carolina*, situado en el valle del mismo nombre en la provincia de San Luis, y habitado hoy por escasos lavadores de oro, que aun buscan en los cuarzos y arenas de sus arroyuelos el codiciado metal.

Fué lo que, cariñosamente, llamamos un puntano. Alto, delgado, pero musculoso y ríjido, su espíritu era reconcentrado, pensador y hasta frio! ¡Es un hijo de los valles! de aquellos valles sedientos, abrasados por el sol, y en los que hasta las plantas, por escasez de agua, se retuercen y estiran las ramas como brazos desesperados! Las sierras, escarpadas y desnudas, parecen, á lo léjos, de bronce. La tierra es roja, como quemada. Ni un pájaro. Apenas, en las hondanadas, se vé algun buey á la sombra de los algarrobos, desgajando y masticando sus negras vainas. Es el silencio y el cansancio de la naturaleza abatida por la seca y el sol perenne, hasta que viene la brisa y en seguida la noche, con sus legiones de estrellas, que hacen pensar en los lirios y en la flora exhuberante, nacidos á la sombra y al frescor de las ráfagas!

Hay no sabemos qué belleza en representar, por la fisonomía y el carácter, el suelo del hogar, sobre todo en nuestro pais tan extenso y variado, y destinado, por la inmigracion, á transformar su raza. El porteño no concibe á sus compatriotas reservados y meditabundos, porque, criado en una planicie mansa

y vasta, ignora la influencia de las regiones escarpadas sobre el espíritu. El territorio argentino, que cambia fuera de la provincia de Buenos Ayres, ofrece por horizonte á sus habitantes en todos los lugares, en vez del desierto que se confunde con el cielo, faldas de cordillera, montañas, colinas, cerros, ó, por lo menos, sierras, que los estrechan en limitado espacio. Aunque se haya visto la luz en Tucuman ó Salta, bajo las brillazones atornasoladas del Aconquija y La Nevada, la vista, siempre interrumpida, gira, y solo halla á su alrededor espectáculos semejantes, soberbios, exhuberantes de galas, y que, por el amor al hogar y á la naturaleza, ensanchan el corazon; pero el hombre, por la idea infinita del espacio, donde quiera que se halle, lo ansía con afan!

No es que el valle lo canse, porque de cada pico, radiante de luz, brota un recuerdo querido, que estremece sus íntimas fibras, sino que se siente con álas, y, como el pájaro, busca la inmensidad. El horizonte, esa línea que une la tierra con el cielo, como símbolo de conjuncion entre lo material y lo divino, le atrae. Si, como el árabe, fuese un sér tradicional, religioso, lo soñaría en sus adentros, creando la abstraccion de nuestra filosofía, pero hijo de un mundo nuevo, que apenas recibió el resplandor del sol de los Incas,—esencialmente objetivo y que necesita de los sentidos para pensar,—se

reconcentra en sí mismo, y prodúcense los caracteres reservados, callados y contemplativos.

No es que el porteño repulse las naturalezas apáticas, sino que, hijo del llano, su espíritu, como el pampero, se ha desenvuelto expansivo, alegre por las artes liberales y comercio ultramarino, y experimenta, tambien como sensualista, el choque de los antagonismos. Le causan extrañeza la reconcentracion, la reserva y el disimulo, y, sin embargo, tal es el carácter argentino actual, porque los porteños, producto del coloniaje, desaparecen con las variadas inmigraciones, para formar el tipo avanzado del futuro, y la federalizacion de esta ciudad atrae, de todos los ámbitos de la República, compatriotas de catorce provincias diferentes, que derraman en su seno el contingente de sus ideas, costumbres y hábitos característicos. La nacionalidad, por tal trabajo social, se consolida, porque dos fuerzas, entre tanto, elaboran su unidad: una, de las provincias á Buenos Ayres, para que se nacionalicen, y otra, viceversa, para *europeizar* la República, como intermediaria del viejo mundo, que nos envía sus elementos étnicos, civilizadores y progresistas.

La nacionalizacion, como obra orgánica del pueblo, debió haberse iniciado por Buenos Aires en las provincias. Cerebro de la República, como ella se cree, no tiene excusa de haber absorvido en sí toda

su sangre, violentando las leyes de la circulacion, y vése hoy condenada á sufrir la antipatía de los caracteres, cuando todos los argentinos podrían poseer, al par de la reconcentracion moral, la fantasía y el corazon de los porteños, que es la perfeccion sicológica, hasta donde cabe socialmente, sirviendo de contrapeso á la degeneracion futura.

Ha poseido lo principal: el territorio bello, que tanto atrae, pero le ha faltado el sentimiento de la naturaleza, que le habría hecho abandonar las llanuras por los paisajes de la Rioja, los panoramas de Jujuy y las frondas de Tucuman, de cuyas montañas se admiran las nubes que descargan el relámpago y el rayo sobre los bosques y los precipicios. El porteño solo viaja á Europa, por abatimiento del cuerpo ó del espíritu, y ¡qué facilidad para encantarse con el recuerdo de los lagos de Suiza! ¡Parece que hubiese visto su soñada patria! ¡Qué diferencia de Chateaubriand, Goldsmith y Lamartine, que recorrieron á pié su pais, durmiendo en las cabañas de los pastores y sin otra compañía que un viejo libro! Nadie le exije que, como Humbolt, Bonpland y Darwin, estudie las selvas impenetrables, sino que conozca á su pais, para desarrollar la sociabilidad y amarlo con la conciencia de sus bellezas.

No tenemos, de la antigua patria, más que el suelo, y si no nos vinculamos á él por el amor á la

naturaleza, que produce siquiera los viajeros y los artistas, no se establecerá jamás la correlacion entre los argentinos que los hará sentirse hermanos por la cuna, los hábitos, las aspiraciones, los cánticos del hogar y el recuerdo ideal de sus colinas. . . . ¡Con razon dicen los provincianos que los porteños no conocen la República! Vergonzoso es decirlo: más la recorren los extranjeros, que solo la aman para explotarla! Tenemos más vínculos internacionales, que internos con las provincias. Es cuestion de patriotismo, para fecundar, con mútuas relaciones, la sociabilidad argentina, bajo la ámplia base de las costumbres y conciente amor al suelo, si no seguimos prefiriendo que *europeizados* por completo, no podamos ya llevar al interior nuestra civilizacion propia en cambio de sus costumbres aun sencillas, para salvar la originalidad que nos caracterizara como pueblo americano.

¡Cómo comprender, entre tanto, un carácter como el de Lafinur! Estamos, por tal antagonismo moral con las provincias, peor que hace medio siglo, cuando, por sus avanzadas teorías filosóficas, abandonó el colegio de San Cárlos y más tarde el de Mendoza, para cerrar los ojos desterrado en el extranjero; y, sin embargo, es necesario, por lo ménos, estudiarlo, porque se trata de una figura histórica, que Buenos Ayres, con su opinion, nacionalizará, como cuna de nuestras ciencias y artes in-

cipientes, que la Europa impulsa con su aliento vivificante. La cuestion, felizmente, no es de sensacion, sino de raciocinio, porque está solo en saber dónde reside el pensamiento. Como se colejirá de lo anteriormente expuesto, se halla, á nuestro juicio, más comunmente en los hijos de provincia, y, por la armonía que establece la naturaleza, son reconcentrados, reservados, callados, disimulados, previsores y hasta taciturnos,—atributos, dado el endurecimiento de la vida, altamente defensores,—pero que contrastan con el carácter de los porteños, fantástico, fugáz y voluble como su clima.

Esta observacion, lógica y sencilla, la vemos confirmada con la aparicion del doctor Alberdi, que es el único pensador que hemos producido. El provinciano, por su sicología, es más apto para las ciencias abstractas y morales, así como el porteño, que no ha conocido, por el nativo suelo, valla á su pensamiento y mirada, sobresale por sus facultades imaginativas, que lo predisponen á la literatura y la poesía, á impulsos tambien de la civilizacion europea que acude constantemente á su puerto, enardeciendo su temperamento y entusiasmo ingénito con el liberalismo de sus artes.

Nada extrañamos, al revisar los escasos datos que existen sobre Lafinur, verle, jóven é ignorado, llegar del interior, para crear en el Colegio de San Cárlos nuestra filosofía. No tenemos filosofía, así

como no poseemos religion, ni ciencia, ni arte, sino un puñado de hombres, que diseminados en los últimos cien años, iniciaron con voz más ó menos profética nuestro movimiento intelectual, y que á pesar de su escolasticismo, conservan el sello de su originalidad que los caracterizará entre los demas pueblos; pero creadores, en la ciencia moderna, son Savigny, del derecho, Vico, de la filosofía de la historia, y así sucesivamente,—y cuando se condense en páginas la evolucion del pensamiento argentino, el doctor Lafinur aparecerá como el de nuestra escasa filosofía, porque son tales los que, inspirados por la razon, desentrañan las preocupaciones de la ciencia, divorciándola de ellas para asentarla sobre bases lójicas y sistemáticas, y sobre todo, si por levantar la bandera del razonamiento, se ven perseguidos, blasfemados y desterrados como los mártires.

La filosofía se enseña entre nosotros desde el pasado siglo, pero es necesario darse cuenta del estado en que estaba cuando Lafinur se hizo cargo de esta aula en San Cárlos, para apreciar debidamente la eficacia de su influencia. Aparece él, por su prematuro fin, al lado de Rojas y Luca,—tres nombres que simbolizan la corona funeraria colocada por el destino en las sienes de nuestra patria recien redimida,—pero posée más puntos de contacto con el último, porque Rojas fué solo un soldado

poeta, mientras que el otro era un poeta soldado. Sirvió, como Luca, con su espada y la lira á la revolucion; amó tambien una ciencia con fé y ahinco, y despues de convertirla en agente de regeneracion social, expira en la flor de sus años, como sus dos compañeros, sino en el mar, más tristemente aún: desterrado, en la miseria, en su lecho, tísico!

Hay hombres que no han nacido para morir en cama. Sienten, una vez constituidos, una palpitacion que les anuncia que su vida es una mision y aman el sacrificio. Han desdeñado todo: ambiciones, esperanzas, y en holacausto de su fin, por el que se inmolan, nada les importa del dolor, de la expatriacion ó de la cárcel! Léjos de su centro natural de accion,—porque él luchaba por patriotismo,—creyó quizá haberse adelantado á su época, y terminó su corta, pero ruda existencia, desengañado, casado como el último sér vulgar, pues estas organizaciones tienen el presentimiento de su fin, y prefieren la soledad y hasta las perigrinaciones, con todas sus amarguras, para mayor independencia y no contajiar á nadie con su destino. No es generosidad, ni orgullo, sino fortaleza iracunda,—y viven con un pedazo de pan y un vaso de agua, sin haber conocido quizá otras caricias que las maternales, pero felicísimos por la libertad que respiran y la fé que los alienta. No dominan los infortunios: los

doman, y, como el bronce, se quiebran antes de doblarse.

El carácter,—hemos dicho,—es la forma del espíritu, y las ideas, en los séres severos, lo ajustan más, remachándolo como una coraza. De su modo de ser férreo, seco, nacía la aparente diferencia con Luca, aunque éste, dulcemente, le habría acompañado hasta lo último, porque tambien combatía por patriotismo. Fuerzas paralelas, el destino los separa, y es, entonces, que puédese compararlos mútuamente.

Luca, aplica su ciencia predilecta al arte de la guerra, para proveer al ejército de herraduras, cañones y armas; Lafinur, entrevé su destino social, y válese de la fuerza colosal de la palabra para emancipar la razon de su generacion. Aquél trabajaba en el silencio, y le basta la fé en sí mismo; éste lucha contra las ideas y las pasiones de su tiempo, y tiene que habérselas con los hombres, tan inconstantes como las olas. El uno, es político, más práctico, porque es obrero; el otro, cáe vencido contra todos sus esfuerzos, porque es apóstol, pero dejando hasta en la atmósfera de la cátedra los ecos repetidos de su voz apagada y moribunda! Ambos se encontraron siempre, porque iban á la pátria!

El doctor Gutierrez, careciendo de suficientes datos sobre la existencia del doctor Lafinur, no se ha atrevido á dedicarle una biografia especial, como á

tantos de nuestros antiguos poetas; pero si viviese aun el ilustre maestro, le diríamos que solo se conocen con minuciosidad las acciones de los hombres célebres. Las miserias de los miserables no importa al mundo egoista, y si las sabe, las olvida. Él, que ha aquilatado almas fuertes, debió, con su experiencia de crítico y sin temor de equivocarse, trazar á grandes rasgos el espíritu de este jóven enérgico, para ejemplo de las generaciones futuras, porque ¿cómo, de otra manera, pudo Mason estudiar á Chatterton, despues de las vanas tentativas de Tyrwhitt? — sino yendo de deduccion en deduccion, para encadenar con la logica ese romance siempre sombrío de una alma atormentada. Halló huellas de luz donde otros no vieron sino sombras, y sus lectores pudieron admirar entonces cómo en el espíritu de un niño cupieron las ansias de un gigante!

Confesaremos que el tipo del estudiante no nos hace absolutamente ninguna gracia, porque mientras se esteriliza para la industria, el Estado, con dinero del pueblo, lo dota injustamente de profesiones inútiles, para tener que sostener despues su incapacidad con empleos. Es criar cuervos, para que le saquen los ojos; pero el jóven de provincia, que abandona la suya por estrecha, haciendo un viaje de cientos de leguas en diligencias, en mula y á pié, cuando no existían ferro carriles, para llegar

á la Capital, es en todas partes altamente simpático y digno de hospitalidad generosa.

No les pregunteis á qué vinieron, porque son los primeros en ignorarlo. Vienen, porque han venido, y hasta el deseo de ensanchar horizontes es un pretexto, pues en la indigencia, sin vestidos y aún sin botines, principian por encerrarse en su pieza, entristecidos por el recuerdo del hogar, y toman aversion á cuanto les causa extrañeza.

El destino, como un instinto, los atrae, y llegan, chocando con todo, hasta sufriendo, confiados en que la capital de su patria, más civilizada é ilustrada, los reconocerá igualmente hijos y no les regateará sus dones. Dejan de ser desconfiados, huraños y esquivos, y voltean su pudor, más propio de la aldea que de la edad, como los duraznos la peluza, asistiendo á su propio pelechamiento. Cambian, por el contajio social, de ideas y costumbres, adquiriendo hasta audacia. Ya no dudan, entonces, de su porvenir, porque saben que, no estando en su tierra, pueden ser profetas. Asi entró del mediodía Gambetta á Paris, gazmoño, para ser bien pronto el orador de sus amigos, en seguida el de su círculo y despues el de la Francia. ¿Quién diría al señor Pelliza que el jóven Avellaneda, al que vió una mañana de 1860 recostado en revuelto catre en una casa de la calle de la Victoría, sería á los pocos años Presidente de la República, y gobernando entre dos

revoluciones, bajo perpétua conspiracion, detendría cien veces con su palabra el furor de las masas (1).

Blest Gana, en Martin Rivas, nos ha descrito con viveza las emociones de estos adolescentes, que triunfan al llegar á hombres, porque sin el desprestigio de la familia, de los parientes y amigos, que los conocen desde la cuna, pueden desplegar su vuelo sin temor. Aunque Lafinur vino con ideas preconcebidas, pero sin pretensiones vanas, pertenece á este tipo de jóvenes, con la diferencia de que solo tenía confianza en su carácter y no en intrigas ni argucias. Decimos pretensiones vanas, porque entonces no existía la política traficante, sino la del sacrificio y abnegacion, y á él sobrábale civismo para no amenguarse ante su generacion, que se batía airosa en la guerra y en la prensa para sellar su independencia política y social.

Solo podría reprochársele no haber sido más tenaz, pero en la tarea de la regeneracion de las ideas, el escritor ú orador halla tan tosco el espíritu público, como la vírgen tierra en que quiebra el labriego la reja de su arado. No es que se canse al predicar en desierto, sino que desconsuela descender al papel de dentista, porque todos defienden sus preocupaciones como muelas, temerosos de que, al extraérselas, se vayan en sangre! Harto ha-

(1) Véase *Glorias Argentinas*, por Mariano A. Pelliza, pág. 166.

cen con desafiar las iras de la ignorancia y de la plebe, amargándose la vida y exponiendo hasta su reputacion, para caer al fin vencidos, solo por enseñar el camino á otros más felices, que se llevarán la gloria de reformadores. Ellos son los iniciadores, los que avanzan su planta en la selva misteriosa, enmarañada,—los de la inmortalidad oscura, pero redentora: los precursores!

II

Antes de llegar Lafinur á Buenos Aires, habíase distinguido entre la juventud del interior. En el Colegio de Monserrat, en Córdoba, siguió el curso completo de filosofía, compuesto de tres años, demostrando desde ya su predileccion por esta ciencia. Enseñada ésta aun por religiosos, poco nuevo ó que emancipara su inteligencia pudo aprender allí, si se considera que el programa de estudios exijía cinco años de teología, que retardaban toda secularizacion.

Había aprendido á pensar, para dotar á su alma de esa nueva facultad que abre á los fuertes el sendero del porvenir, cuando sintió el paso del ejército del general Belgrano marchando hácia el Norte. Conocemos ya la juventud de aquel tiempo:

se inspiraba, por ignorar el egoismo, en el sentimiento, que es la negacion del interés individual, y su temperamento nervioso, ardiente, al primer eco de los clarines, la arrastraba á la lucha sin mirar que dejaba tras sí hogar, familia y carrera. ¡Cierto es que aquella guerra, mirada desde los valles de las montañas coronadas de bosques y nieves, debería parecerle más una epopeya que una matanza sangrienta!; pero así la patria, por la abnegacion y el encanto, forma á sus hijos para que sean su hechura. Débiles y pobres, todo lo sacrificaron en un momento supremo, y despues ella, vencedora y gloriosa, los cubre con su manto maternal, adordándoles las sienes de lauros.

Tuvo la honra, segun expresa él mismo, de pertenecer á la academia de matemáticas que fundó aquel general para la instruccion de sus propios cadetes. Allí familiarizóse con las primeras nociones de la guerra y los hábitos de cuartel, que fortifican el espíritu y el cuerpo, aprendiendo tambien á amar al futuro vencedor de Salta y Tucuman. Este ilustrado guerrero, estaba llamado, por su carácter abnegado y patriota, á impresionar el ánimo de un jóven severo y oscuro como Lafinur, que abandonaba las aulas solo por servir á la patria, y ávido de observacion para robustecer su experiencia. Pensador por inclinacion, las armas no eran su oficio, pero aquella humildad majestuosa y serenidad alti-

va en el peligro, diéronle una idea justa del valor fuerte y conciente; sus triunfos, trocados en reveses, un ejemplo de la inconstancia de la gloria, y su despojo del mando, proceso y muerte le demostraron cuán apasionado es el juicio de los contemporáneos. Su virtud, ante todo, cautivóle, porque vió en él un repúblico austero, dispuesto á sacrificarse siempre en bien de la patria, y fué tal la admiracion que le mereció, que hizo de su nombre un emblema y su inspiracion poética hasta sus últimos dias.

Las dos únicas biografías que existen de Lafinur (1), no nos dicen, quizá por demasiado breves, los servicios que prestó en el ejército del Norte. Era un punto que, á nuestro pesar, íbamos á pasar sobre él, dejándolo en tinieblas, cuando en el *Registro Oficial* hallamos su baja de teniente con fecha 4 de Setiembre de 1817. Habiéndonos afirmado el doctor Gutierrez que ingresó allí en calidad de cadete, lógico es suponer que siguió su itinerario, asistiendo á las batallas de Tucuman, Salta, Vilcapujio y Ayouma, donde conquistó sus ascensos grado por grado. Entonces no se pertenecía al ejército para vivir en las oficinas y confiterías, y es justo deducir tambien, en obsequio á su patriotismo y al criterio legendario de aquella época, que tomó parte en el desastre de Sipe-Sipe, regresando desalentado á

(1) La del Dr. D. Juan M. Gutierrez, *Apuntes Biográficos* etc. pág. 195, y la de don Mariano A. Pelliza, *Crítica y Bocetos Históricos*, pág. 101.

esta ciudad junto con Rojas y otros oficiales denodados, para presenciar desde aquí y cantar en verso los triunfos de Chacabuco y Maipo.

Su papel militar, por otra parte, no tiene ninguna importancia histórica, si se atiende á que el grado de teniente fué el mayor que obtuvo y era más dado á las lides del pensamiento; ello es simplemente moral, para que quede constatado que, al par de los más fogosos compañeros de su generacion, supo sacrificarse por la idea de la independencia, y que su destino de filósofo no le impidió luchar con las legiones godas y derramar su sangre como los guerreros. Su idiosincracia de filósofo, es, verdaderamente, lo que más resalta en el cuadro de su vida, á punto de que su figura se pierde en el laberinto de las batallas, y sus mismas poesías, si no hubieran recibido, como las de Encina, el fuego eterno de la idea, tal vez hoy aparecerían pálidas y secas como las hojas otoñales, porque, sér eminentemente abstracto, carecía de la vanidad suficiente para disputar la gloria efímera del poeta, arrancando al pensamiento su entrañable calor íntimo. Si la patria no hubiese necesitado la celebracion de sus triunfos, para entusiasmar á sus adalides, quizá no habría cantado, porque aunque la filosofía se hermana perfectamente con las musas, no poseía la tendencia espiritualista de Lamartine, ni el estro de Juan C. Varela, que hizo aparecer á éste, no obstante su clacisismo, como el maestro de su tiempo.

Fué, ante todo, filósofo, filósofo por inspiracion, por carácter, por tendencia, y más que filósofo, innovador, espíritu luchador, que requería reconcentrar todo su pensamiento, accion y tiempo en sus ideas para no caer vencido con ellas. Bajo este carácter, intelectualmente, lo hemos de considerar con preferencia, porque es el dominante de su personalidad, y aun sus mismas composiciones, desnudas de los atavíos poéticos, no son sino la obra de un filósofo que canta en estrofas el triunfo de las ideas que nos hicieron libres.

No nos extraña verle en esta capital en seguida de obtener su baja, porque, como único centro intelectual de la república, debía ser su campo de accion. Lo sabía, y aunque experimentara todo ese temor del provinciano jóven é ignorado, que lo torna en medroso, tenía á su favor el pensamiento, esa fuerza incontrastable que forma la conciencia de los espíritus superiores. Palpitaba en su seno la esperanza en nombre del amor á la verdad, que es luz, para salir airoso, pues no pudo dudar de que la juventud porteña que había, con su educacion liberal, producido la revolucion, prefiriese seguir indiferente ante la reaccion intelectual que se operaba en Occidente.

La fé, esa llama que arde en los corazones fuertes, le acompañaba. Habiendo sido amigo de Juan C. Varela, lójico es suponerle en sociabilidad con

Lopez, Rojas, Luca é Hidalgo, que llevaban el cetro poético, y asistiera, junto con ellos, al salon de la señorita de Izquierdo. Representaba, en esta comunidad literaria, el pensamiento abstracto, que más tarde debía abrir brecha en San Cárlos, y se le creería, por compañerismo, filósofo, así como á Rojas y Luca, guerrero y matemático, respectivamente. Así vinculóse á su generacion, y estudiándola en sus aspiraciones pasó el primer tiempo de su llegada á ésta, hasta que en Mayo 22 de 1819 fué nombrado catedrático de Filosofía.

No era un desconocido quien subía á la cátedra. ¡Quién sabe cuántas decepciones no habría recogido en el contacto mundano!; pero hubo de haber escalado sus peldaños con serenidad, hasta con arrogancia, al verse que ya no estaba solo, sino que pertenecía á un círculo que recogía los ecos de su propaganda, formándole la aureola de los que necesitan bríos para luchar con la intransigencia. ¡Pobre Juan Crisóstomo! había atravesado, despues de una juventud oscura y mísera, aquella línea que separa al hombre privado del público! Se hallaba en frente de sus contemporáneos, para producir una reaccion intelectual. Iba á ser juzgado, y no tenía más armas que el pensamiento y la palabra, porque ¿para qué mencionar el amor á la verdad! Ella solo triunfa de la conciencia, abriéndosele generalmente las puertas de la expatriacion, cuando no las

de la cárcel, en vez de las de la gloria, que merece por su abnegacion!

Es imposible apreciar debidamente la importancia del doctor Lafinur en San Cárlos, sin darse antes cuenta del estado en que estaba la enseñanza de la filosofía en este establecimiento. Basta decir que predominaba la escolástica en todo rigor. Aquella ciencia, segun este sistema, no eratal, sino una simple interpretacion de los textos sagrados, obras de Aristóteles, San Agustin y Santo Tomás de Aquino.

Aunque recien á mediados del siglo XIII conocióse en Europa la mayor parte de las obras peripatéticas, por traducciones al latin de algunos judíos españoles, prevaleció siempre en los escritos y conferencias públicas la Teología sobre la Filosofía, ó sea, la revelacion sobre la libertad del pensamiento, atacando á ésta sin descanso y persiguiendo á los verdaderos pensadores como Ockham, Vanini y otros. Las obras de los reformadores eran inscriptas en el Index, y sus autores quedaban fuera de la proteccion de la iglesia y de la autoridad civil. Bastará consignar que definían esta ciencia así: *Philosopham in servitutem theologiæ papæ redactam.*

Podía considerársela, por consiguiente, en cuanto á su forma y fondo. Bajo el primer punto de vista, fué, al principio, únicamente oral, y la enseñaban en las universidades Alberto el Grande y Santo Tomás de Aquino, y, en las plazas públicas, Abelardo,

el compañero de Heloisa. Poseyeron siempre un numeroso auditorio, venido hasta de tierras lejanas, y como se generalizara el gusto por los estudios filosóficos, penetrando hasta en los conventos, comenzóse entonces con profusion la publicacion de obras, pero quedando siempre reducida la forma al silogismo y la dialéctica. Un razonamiento era verdero, cuando traducido en *sorites* ó *dilema*, ajustábase exactamente á las reglas de la lógica. En cuanto al fondo, diremos, con Ritter, que si los escolásticos se secaron los sesos estudiando é interpretando á Aristóteles, tergiversaron tan maliciosamente el génio de este filósofo, que si se fuera á juzgarle por los comentarios que le hicieron desde el siglo XIII hasta el XVI, su fama quedaría muy mal parada. Era el afan de robustecer la iglesia, para apoyar sus pretensiones, como si no les bastaran las doctrinas absolutas de los padres, y no conviniéndoles Platon, por su superabundancia poética, se plegaron al autor del *Organo*, cual un viajero al primer árbol que le brinda sombra. ¡Y no fueron nunca sábios peripatéticos!, porque así como hasta el siglo XIII, por ignorar el griego, no estudiaron las principales obras de Aristóteles, despues hicieron caso omiso de sus famosos escritos sobre la Naturaleza en general, hechos con la ayuda de su discípulo Alejandro el Grande, porque preferían su

Lógica y *Las Analíticas*, para seguir amparando el poder papal con la dialéctica y los sofismas.

No conocían la sicología ni la metafísica. La filosofía quedaba reducida al estudio de la lógica, —y ¿qué era ésta en sus manos? Un hacinamiento de reglas para bien raciocinar y ordenar los pensamientos, pero todas ellas, por exceso de sutilidad, embargaban el vuelo de la inteligencia, quitándole su espontaneidad. De ahí aquellas ingeniosas discusiones, que se prolongaban por décadas, pasando de maestros á discípulos. Todos estaban conformes en el fondo, y sin embargo las divergencias continuaban sobre la extension de un atributo, su sustancia ó la definicion de una palabra.

La sutileza dialéctica y el encadenamiento de las formas se desarrollaron de tal manera, que los más grandes maestros de la escolástica, como Santo Tomás, perdieron tanto en pensamiento cuanto ganaron en el arte de fabricar silogismos ó paralogismos, como diría Kant, á punto de que sus escasas felices demostraciones, no son sino una cópia de Aristóteles, como la prueba del movimiento para arribar á la existencia de un motor inmóvil, la de las categorías y la teoría de los estados *in potentia* é *in actu*.

Tal método filosófico dió sus lógicos resultados. La juventud se esterilizó, los pueblos permanecieron ignorantes acerca de su sicología y nobles desti-

nos, y los siglos transcurrieron sin que la humanidad pueda agradecer á aquella enseñanza ningun beneficio trascendental.

El Dr. Lafinur bien lo sabía, porque fué, precisamente, la primera filosofía que aprendió en el Colegio de Monserrat, en Córdoba. Aunque allí, como en San Cárlos y Universidad de Charcas, para honor de nuestros pueblos y del clero que la enseñó, esta ciencia se apartó del silogismo, entrando hasta en la observacion externa, fué ello más por espíritu político que filosófico, á fin de preparar á la juventud, por el liberalismo, para la revolucion. La filosofía, verdaderamente científica, subjetiva, no había penetrado aun en nuestras aulas, y él, que se había penetrado en el desamparo y la miseria, de su desenvolvimiento moderno, por el presentimiento quizá de su destino, aceptó la cátedra para ponerse al frente de la reaccion, porque sabía cuánto vale á la juventud de un pais que quiere ser libre, emancipar primeramente su inteligencia.

Decimos aceptó, porque, entonces, estos puestos no se mendigaban como hoy por los postulantes, á pesar de la espontaneidad que aparentan los nombramientos oficiales; se daban por concurso, y él tuvo por contendores, nada menos que á los señores Bernardo Velez y al Dr. José L. de la Peña, que fué durante medio siglo fiel al amor de esta ciencia. Tuvo numerosos discípulos, que más tarde se distin-

guieron en la vida pública, y su sueldo de 700 pesos anuales, fué aumentado á 1000, en atencion á la contraccion decidida que prestó desde su entrada en las clases.

Tengo sobre mi mesa su tratado manuscrito de filosofía (1), y, al hojearlo, me he preguntado instintivamente: ¿dónde, sin maestros ni cátedras, ha podido penetrarse de tales ideas? De dónde sacó el Dr. Alberdi, en 1837, las doctrinas de la Escuela Histórica, que cambiaron fundamentalmente la enseñanza del derecho, mientras Lerminier las explicaba en el Colegio de Francia,—es decir, de los libros nuevos, que estudió y meditó con patriotismo, para introducirlos aquí, porque la patria, noblemente concebida, es tambien el arte, la ciencia y la lengua, que constituyen, junto con la vida jurídica y las costumbres, el espíritu del pueblo. Hay, por el contrario, más patriotismo en el que inclina la frente, tornándola sombría por el pensamiento, para impulsar con la verdad el progreso de su generacion, que los que luchan en el escenario social, porque aquél, por el amor á la ciencia, arrostra la miseria y las pasiones. Tal vez lo guíe el afan de gloria, pero ¿hay

(1) Manuscrito de 222 páginas. Copiado por el Dr. D. Juan M. Gutierrez del original, de puño y letra del Dr. Lafinur, que existía en la Biblioteca de la Universidad de Buenos Aires, y que ha sido sustraido, siguiendo el triste destino que parece que deben tener entre nosotros todas las cosas de carácter público.

algo más justo? El que sacrifica la vida presente, tiene derecho á aspirar al recuerdo inmortal de su nombre, cuando, en cambio, la sociedad recibe la sublime herencia de sus sacrificios morales. La gloria, por otra parte, es tan veleidosa, que huye como la sombra de quien la persigue, mientras que aquéllos tienen el sensualismo de la vanidad, del poder y sus tesoros!

Sabía que Descartes, en el siglo XVII, en su *Discurso del Método* y *Las Meditaciones*, rechazó valientemente la escolástica, y que despues de un profundo exámen interno, principió por dudar de todo, no aceptando otro criterio de verdad que aquello que de una manera clara y determinada concibiera íntimamente como verdadero. Así nació el verdadero método filosófico, fundado en la observacion interna. Estas ideas pasaron de Holanda á Francia, y en seguida á Alemania, pronunciándose un gran entusiasmo por Descartes. Los filósofos las defendieron con brío, y las Universidades se conmovieron ante la nueva luz radiante.

Aparecen Bossuet, Fenelon, Malebranche y Arnaud, que recojen la herencia del maestro y la robustecen con sus asíduas meditaciones. Leibnitz, en Alemania, comienza á dudar del sistema cartesiano. Opone á *Las Meditaciones*, *La Monadología*, que dedica al príncipe Eugenio, y combate con ensañamiento el orígen de la demostracion *á priori* de la

existencia de Dios. A cada paso del cartesianismo, antepone una piedra, hasta que al fin los fieles á aquél, exclaman que el pensador aleman quiere levantar su reputacion sobre las ruinas de un hombre! Como las reacciones suelen ser más fuertes que las acciones, de la crítica de Leibnitz se pasó á la intransigencia y rudo ataque.

Aparece Locke en Inglaterra y anonada el pensamiento, levantando, en su lugar, un altar á la sensacion. Ya no es el pensamiento la esencia del alma, como en Descartes y sus discípulos, ni tampoco la *mónoda leibziana*, sino la sensacion, que resucita nuevamente la *tabla rasa* (1) de Aristóteles. Nada de ideas innatas, sean *puras* ó *prácticas;* la experiencia externa es la base de nuestros conocimientos: vienen de los sentidos en forma de ideas simples, y, asociadas, se convierten en complejas.

Esta evolucion de lo externo sobre lo interno, sobreponiendo la materia al espíritu, se completa y amplifica con Condillac. En su *Ensayo sobre el orijen de los conocimientos humanos*, ultrapasa á Locke, haciendo del lenguaje una condicion indispensable del pensamiento. Una ciencia, dice el filósofo francés, no es sino un lenguaje bien hecho,—y, como

(1) Este filósofo valíase de esta frase para designar el alma desnuda de ideas, comparándola á una tabla encerada, en que los objetos, por la observacion externa, imprimian su imágen. De ahí su famoso axioma: *nihil est in intellectu quod non prius in sensu.*

en Locke, volvemos á la *tabla rasa*: los conocimientos derivan de la experiencia; la sensacion es el orígen de todas las facultades, desde el deseo hasta los raciocinios más complicados, y el alma no es, en definitiva, sino un conjunto de sensaciones.

Todos estos progresos, que han enriquecido, á través del tiempo, la filosofía, eran familiares al Dr. Lafinur. Aunque las verdades que sustentan la época moderna, parten del cartesianismo, porque existen las ideas innatas, apareció más tarde el encantador Larromiguière, como le llama Taine; pero era, indudablemente, una reaccion sustituir la revelacion por el pensamiento, haciendo de la filosofía una ciencia verdaderamente subjetiva y sin otra autoridad que la observacion.

No desconocía que Santo Tomás, deudor á la Sicilia de su génio sombrío, había ensanchado la órbita escolástica, comentando á Aristóteles con mayor fidelidad, tanto en París como en Nápoles, aunque, á imitacion de su maestro Alberto el Grande, todas sus obras se resienten de falta de observacion interna, abuso de lógica en el arte de proponer las cuestiones y en la manera de resolverlas. Seguía empleando la teología en vez de la sicología, siendo, como sus antecesores, mas teólogo que filósofo, como lo prueba su *Summa Teológica*, tenida por clásica durante largo tiempo. Era á este autor, imperante aún en San Cárlos, por la tradicion del colo-

niaje, que debía atacar el Dr. Lafinur con mayor ahinco y perseverancia.

Tal fué la benémerita empresa que llevó á cabo este jóven compatriota en nuestra Universidad, en 1819. Como un recuerdo de ella, nos queda su tratado manuscrito, que demuestra, con una autenticidad irrefagable, la manera sistemática cómo impulsó esta evolucion científica. Despues del prefacio, en que reseña brevemente la historia de la filosofía, trata de la lógica. En esta parte, verdaderamente, aparece poco reaccionario, por la primordial importancia que le concede, pero hay que tener en cuenta que ella, como esencialmente objetiva, será escolástica siempre; sin embargo, su definicion, calcada en la de Bacon, es moderna, pudiendo hoy mismo servir sin temor en cualquier aula.

Respecto á la parte fundamental, nada tenemos que objetar. Se desliga de Descartes, para caer en el sensualismo, pero siguiendo el movimiento filósofico, que fué tomando sucesivamente á la inteligencia y la sensibilidad como base de sus observaciones, hasta que vino Royer-Collard pretendiendo sustituirlas con la voluntad. Su exposicion, negando las ideas innatas y no admitiendo más que las que provienen de los sentidos, está conforme con las doctrinas de Locke, de Tracy y Condillac, á punto de que no teme afirmar que si hubiese un sér desprovisto de todos los sentidos, ése carecería de todo

género de ideas. Respira, sobre todo, sinceridad, es decir, crée en lo que dice, y siente como verdadero cuánto pretende dilucidar, demostrando que ha pasado por ese trabajo sicológico del pensador, que forma la conciencia y la fé de sus aseveraciones.

Está demás hacer presente que si su propaganda halló eco en la juventud, dispuesta siempre, por la virginidad de su espíritu, á las reacciones progresistas, encontró sérias resistencias en la generacion educada en el coloniage. Nada le abatió, quizá por prevision. Continuó tranquilo sus lecciones con la conviccion del sentimiento de lo que se cree verdadero y sin otro ulterior deseo que el muy noble del maestro de formar discípulos que recibiesen la herencia de sus ideas. No esquivó la discusion; la buscó, por el contrario, porque sus conferencias habían ultrapasado los umbrales de San Cárlos y penetrado en todos los ámbitos sociales, y él no quería que sus adversarios, explotando la ignorancia pública, terjiversaran sus doctrinas, haciéndolo aparecer muy diferente de lo que era y profirieran pensamientos que no pronunció nunca. Sabía que un sistema filosófico cuando es radical y entraña una emancipacion intelectual, debe salir del estrecho recinto del claustro, para convertirse, por su trabajo social, en agente regenerador. A las plazas públicas habría ido de buena gana, como Abelardo; pero sus enemigos eran los escolásticos, los retardatarios de siempre, que no aman la ciencia por la verdad, sino para convertirla en instrumento político de miras bastardas, y huían de la controversía para hacerle la guerra por medio de la murmuracion en los hogares, en los círculos, en las regiones sociales y hasta en el púlpito.

Convencido de que es imposible vencer á los enemigos enmascarados, continuaron su trabajo de zapa, mientras él, á la ingénua luz del dia, seguía adelante, rodeado de sus díscipulos, el desenvolvimiento de sus ideas. ¿Qué inculpaciones le dirijían? Que predicaba el materialismo; que era ateo, herejel ¡en fin! ya lo sabeis, todos aquellos viejos epítetos, malvados por su intencion maliciosa, para hacerlo aparecer ante aquel pueblo sencillo, educado en las prácticas del coloniaje, como un impío, sin Dios, y tanto más monstruoso, cuanto que era jóven, salido recien de los albores de la adolescencia!

Dijimos que era reconcentrado, frío,— y ello basta para comprender que sobrellevaba sin desencanto los desmanes de la impotencia. Espíritu elevado, sabía que la inteligencia pertenece al pensamiento y no al dolor, que la injusticia causa,—y sin desafiar la intransigencia, continuaba sereno su camino, quizá sin la fé y la esperanza que crean las fantasias ardientes, pero alentado por el sentimiento del deber, tan inquebrantable en los séres tranquilos.

La época, por otra parte, le era adversa. La

anarquía se diseñaba, dando lugar á los desastres del año 20. La protesta de los pueblos y la sublevacion de los ejércitos contra la constitucion unitaria, dictada por el congreso el año anterior; la derrota de Rondeau, que decidió la caida del Directorio, trabajado ya por sus tendencias monárquicas; la disolucion del Congreso; la pretension de cada Provincia de erijirse en estado independiente, asi como los cabildos en legislaturas y todos los gefes de bandos en gobernantes, precipitaron el desborde de las pasiones, haciendo temer por la desmembracion de la patria. Fué un año de disolucion social, que reconcentró la atencion pública, y no era extraño que se mirara con disgusto y hasta con desconfianza todo género de teorías que pretendiesen conmover las antiguas creencias. De ello se aprovechó el padre Castañeda, á pesar de su liberalismo, para zaherirlo (1) con un soneto escrito en su estilo jovial, tachando de simplemente novedosas sus lecciones, y él le contestó de una manera tan hiriente, que un abismo pareció abrirse para siempre entre los dos (2).

(1) Véase *El Americano*, N° 49.

(2) El Dr. Lafinur dirijióle otro soneto, que termina así:

Sigue los *teo-ridículos* sainetes
Desde la Recoleta do no cabes
Hasta la Residencia do te esperan.

Conocido es el caracter festivo del Padre Castañeda, y al decirle *desde la Recoleta do no cabes*, se refería el Dr. Lafinur á que no habitaba regularmente la casa de recoletos por no ajustarse á las reglas de la órden.

No tenemos noticias de las causas que reanudaron sus relaciones, pero con motivo de una conferencia pública que dió Lafinur en el templo de San Ignacio, aparece el referido padre convidado á ella por el conferenciante. Más tarde se visitaron y protestaron sentimientos amistosos. Cualquiera que hubiera pasado en esos dias por lo que hoy es aun nuestro *centro*, habría visto un cartel en las esquinas, entre los muchos que yacían pegados de carácter anarquico, convocando al público á esta fiesta literaria, que tenía tambien por objeto presentar tres de sus díscipulos: los señores Luis y Manuel Belgrano y D. Ignacio Martinez, que disertarían sobre varios temas filosóficos.

Eran los ópimos frutos, que como padre intelectual ofrecía á sus compatriotas, para que éstos, comparándolos con los de las generaciones anteriores, apreciasen las ventajas de su sistema, no solo en relacion á las ciencias morales, sino á las sociales y políticas; pero es inútil pretender sobreponerse á su época! Es como luchar contra la fatalidad. Ya el Dr. Cosme Argerich, cuando Lafinur ingresó á San Cárlos, publicó un extenso artículo en *El Americano*, defendiéndolo científicamente de la imputacion de materialista que la maledicencia había levantado en su torno. En efecto, Locke y Condillac nunca pusieron si-

quiera en duda la existencia del alma ó de un Creador, y él, díscipulo de éstos, al solo efecto de hacer conocer entre nosotros sus doctrinas, no podía ultrapasarlos y elojiar sistemas opuestos. Ciñóse á estudiar el orígen de las ideas, tratando de demostrar que no son innatas, sino que nacen de la sensacion. Nada más. Aunque se considere al sensualismo como el preludio del materialismo, no debe estudiarse á Locke ni á Condillac por la crítica de sus opositores, sino por sus propios sistemas, que aceptan implícitamente la existencia del alma, desde que dicen que ésta es una modalidad de ellas. Eran simples calumnias, que sus opositores, los escolásticos, divulgaban para impedir la emancipacion intelectual de la juventud,—y si alguien dudare, bastaríale abrir su tratado manuscrito.

Cíñese en él á la cuestion del orígen de las ideas, é inspirado quizá por su celo de maestro, destinado á formar discípulos, ó por evitar malignas interpretaciones, hace de antemano su profesion de fé espiritualista, repitiendo con Voltaire: *si Dios no existiera, sería necesario inventarlo* (1). Cita también á Juan Jacobo Rousseau, que decía frecuentemente: Dios y la espiritualidad del alma son dos cosas que la filosofía debe respetar siempre (2), y

(1) Curso filosófico dictado por el catedrático de Filosofía, Dr. Juan C. Lafinur, *en la Capital de Buenos Aires el año 1819*,—pág. 111.
(2) Id. id.—pág. 111.

agrega, de su parte, que ellas son el fundamento de toda moral, así como el de la felicidad pública y privada. ¿Dónde estaba su materialismo? No podía creerse que era el de Epicuro, muy diferente del sensualismo, ni mucho menos el moderno, que no había aparecido aun en Alemania, donde, precisamente, estaba en su apojeo el panteismo idealista y trascendental.

Volvemos á preguntar: ¿dónde estaba su materialismo? En la conducta de sus enemigos, que prefiriendo, por sistema ó ignorancia, la murmuracion y la diatriba solapada á la discusion pública, se entretenían en desprestijiarlo, sembrando á su alrededor el descrédito para hacerle algun dia imposible su magisterio y hasta la vida misma en esta ciudad. Así fué; llegó un momento en que, al verse desamparado y minado por la impostura, sintió,—no diremos desaliento, porque era enérgico,—sino el convencimiento de la esterilidad de sus esfuerzos, y prefirió abandonar el campo, dejándolo libre á los hipócritas.

Sí,—renunció á la cátedra, que era su único recurso de subsistencia,—no entreviendo, en ese instante, otro porvenir que la miseria. Hallábase en peor situacion que cuando llegó del ejército del Norte, porque, á un espíritu de su temple, la anarquía reinante le cerraba por el momento las puertas de la carrera militar. Faltábale hasta la esperanza de

conquistarse una posicion en su pais, pues, nacido para el pensamiento, veía desaparecer lo que debía ser pedestal de su personalidad. La política, á la que habría sido tan útil con su patriotismo é ideas levantadas, principiaba ya á convertirse en lucha personal por el gobierno, para satisfacer los apetitos de mando ó repartirse sus tesoros, y él solo era hombre de combatir por principios.

Estaba en la calle, como se dice hoy. No abrigaba rencores para nadie, porque, como verdadero filósofo, consideraba inocentes, por inconciencia, á los mismos causantes de su ruina. La culpa era de la anarquía, que como un torrente se venía desbordando desde la revolucion, arrasando las ideas conquistadas, desvirtuando los principios, relajando los vínculos sociales y corrompiendo á los directores de la política y del poder público. Él estaba ligado, por amistad, á los jóvenes más importantes de aquel tiempo; ellos, en la prensa, lo habrían defendido contra la intransijencia, para que no se hubiese visto sólo y no cayese tan facilmente; pero ¿habrían tenido eco sus palabras? La sociedad entera, sacudida por los tristes sucesos del año 20, se sentía absorbida por la anarquía y atemorizada por sombríos presentimientos. Nadie, ni demagogos ó patriotas, los habría escuchado, y sus buenas intenciones hubieran caido en el vacío, como la nieve en el campo, desprestijiando seguramente una causa

destinada á triunfar por el silencio,—porque tal pasa con la palabra: arma invencible, cuando es oportuna, se rompe ante la indeferencia social! Es imposible dominar las corrientes populares, cuando, en el desborde, han perdido hasta el ideal; es necesario esperar que se encaucen, para apelar á su criterio en nombre de la propia conservacion, á fin de ver el triunfo de sus intereses reales y permanentes.

Aprovechada, por sus opositores, esta circunstancia, vióse, como dijimos, en el desamparo, pero si algun dolor llevaba en el alma, era para la patria, que veía desgarrada, y para sus queridos discípulos, formados, á su imágen, por su enseñanza, que la sirvirían más tarde con sus convicciones. Nada más, porque, pensador y patriota, los momentos eran demasiado graves para que se ocupase de sí mismo. ¡Peñasco arrojado al mar! ¡Sobrenadó!, y las olas pasaban furiosas sobre él sin conmoverlo! ¡Con cuánta tranquilidad no las veía rodar! De buena gana hubiera ofrecido la luz de su consejo, brotada de las serenidades olímpicas de su pensamiento; pero ¿qué entiende el filósofo, segun el mundo, de las tareas de gobierno! Se le habría dado la espalda con desprecio ante su majadería de pretender el imperio del órden en la tierra, si no se le hubiese tomado antes por soñador ó loco!

Puro, ingénuo, ignoraría que cada cual se crée

facultado con sofismas ó violencias á defender su presa, aunque ella sea la patria, fundándose en las iniquidades que ha cometido para poseerla, y como él no comprendería esta filosofía, habría experimentado el más grande de los desencantos humanos. Este es el ejemplo que dan los pueblos jóvenes, apenas se libertan, á sus hijos más puros, mientras con sus convulsiones producen los tiranos y caudillos que los esquilman. Todo debía parecerle profundamente triste, porque, en medio de la vorágine, no veía sinó una víctima: la patria! gobernada por la mentira y los charlatanes! Tal es el aprendizaje de la libertad, se diría, lleno de fé, sin embargo, en el destino de las sociedades modernas, porque sabría que hasta sus dolores constituyen su mejor experiencia!

¡Adelante! agregaría. ¡Para ello era filósofo!; pero, al poco tiempo, un acontecimiento inesperado debió llenarle el alma de júbilo, probándole que la vida moral es fecunda, y que las ideas, cuando entrañan un progreso, no se arrojan en vano en el seno social. El 8 de Febrero de 1822 fué nombrado catedrático de filosofía de la Universidad el Doctor Juan Manuel Fernandez de Agüero,—y ¿qué sistema creeis que enseñó? El mismo de Lafinur, es decir, el de Locke, Tracy y Condillac, partiendo de la máxima de Descartes: *pienso, luego existo,* para probar que el sensualismo no está reñido con el espiritualismo. No podía ser de otra manera. Sus discípulos eran los mismos del Dr. Lafinur, porque pertenecieron al colegio de San Cárlos, erijido en Universidad el 12 de Agosto de 1821, y fueron el sosten más poderoso del jóven maestro; sus doctrinas, á pesar de la conmocion social que produjeron, tuvieron siempre la simpatía de la gente ilustrada, aunque más no fuera por ver salir la enseñanza de la filosofía del yugo peripatético, impuesto por el coloniage, para entrar en otro órden de ideas que pusiese á la juventud en contacto con el desenvolvimiento intelectual de los pueblos civilizados.

Esta nueva situacion tan favorable, no era sino la obra del Dr. Lafinur, que dejó el terreno preparado, con discípulos y admiradores en la culta sociedad, para que sus sucesores continuasen con éxito su propaganda. ¿Se habría atrevido aquél, anciano, casi achacoso, á emprender de repente la reforma? Nó; sabía que recibía el aula emancipada del escolasticismo, y que fuera de los umbrales de la Universidad existía un público amante de las doctrinas liberales y dispuesto siempre á fomentarlas con el aplauso.

¡Quién sabe si el mismo Dr. Agüero no fué un convertido del Dr. Lafinur, á pesar de la disparidad de edad! porque aquél durante los años 1805 y 1807 dictó en San Cárlos esta cátedra, donde demostróse tan apegado al antiguo sistema, que escribió un texto

en latin! (1) ¡No era extraño! oriundo de España y educado por jesuitas para el sacerdocio, no tuvo ocasion de reaccionar, y al vérsele en 1822 abandonar un curato de parroquia para hacerse cargo despues de quince años de esta aula, lógico es creer que solo por la influencia del Dr. Lafinur, pudo salir tan liberal de su retiro.

¡Así se propagan las ideas! así, por la palabra escrita ó hablada, recorren todas las escalas sociales, sorprendiendo hasta en el silencio, no diremos á un sacerdote ilustrado, sino al monge más divorciado de la vida. Ellas, como la lluvia, caen en todas partes, y germinan á manera de semillas. Era inútil, dado el establecimiento de la imprenta y los principios conquistados por la revolucion, cerrarles el paso. Era, como se dice vulgarmente, pretender poner puertas al mar, desde que se levantaba un edificio político, esencialmente republicano, sobre un estado social que simbolizaba el asiento de los vireyes. Este tenía que pujar para reventar las añejas creencias y revestirse con el traje de la naciente democracia, hasta hacer brotar en el pueblo el sentimiento de su personalidad y de sus futuros destinos.

En las nuevas sociedades, las ideas no nacen

(1) Era un manuscrito en 4°, que comprendía la Etica, la Lógica y la Moral, donado á la Biblioteca de la Universidad por el Dr. Miguel Villegas. Ha desaparecido tambien como el del Dr. Lafinur.

espontáneamente, aunque respondan á su estado político. Requieren un sér de fibra enérgica que las encarne, y que abra, sobreponiéndose á las pasiones, un paréntesis,—paréntesis, desgraciadamente, que será de lucha, para demostrar la verdad por el choque de las creencias. A éstos háse dado en llamarles apóstoles, aunque son más propiamente caudillos, porque son tales los que, en pueblos nacientes, dirijen multitudes con la fascinacion de los principios. Apóstol ó caudillo, fué tambien el Dr. Agüero, que, como Lafinur, vióse combatido, perseguido, á punto de que una mañana al entrar á clase, halló, por órden del Rector, sus puertas cerradas, y tuvo que recurrir al gobierno para que le entregaran las llaves; pero los que, en la evolucion regeneradora, tienen el mérito principal, son los precursores, es decir, los que entran primeramente á sufrir el embate de las pasiones, exponiéndose á todos los desmanes, sin obtener en cambio ni la legítima satisfaccion de cosechar sus frutos.

Estos son los abnegados, los de la gloria oscura, los que, en la investigacion histórica, merecen todo género de consideraciones. Aquel título, felizmente, nadie se lo disputará al Dr. Lafinur, tanto más que fué una víctima de la época, derribada por las convulsiones que la agitaron. Con poderosos elementos de opinion en San Cárlos y afuera, no habría caido de su cátedra, á no ser la anarquía del año 20, que

arrastraba la atencion social en sendas puramente políticas. Habría continuado, desde tan noble altura, dirijiendo la palabra á sus discípulos; su círculo se habría convertido en muchedumbre y despues en pueblo, llevando, en las transformaciones que intentaba, la conciencia que dan las ideas en vez de las pasiones que demuelen.

He aquí el defecto más lamentable de nuestras revoluciones: todo lo arrasan, no dejando nada en pié, y arrancan de raiz hasta los gérmenes que deben sustentar á las nuevas situaciones. Cuando se vá á reconstruir, no hay cimientos,—y de esta manera se vive sin tradicion, sin historia, sin pasado, ni nada respetable, que mantenga, por la sucesion de las ideas, el sentimiento nacional del pueblo, que produce el verdadero patriotismo. El Dr. Lafinur, no obstante el personalismo de su sicología, es tan nacional como cualquiera de los caudillos históricos, y los sucesos del año 20 que, á nuestro juicio, son la causa del acallamiento de su voz, colocan su nombre entre aquéllos que, por apartarse de la vorágine, prefieren la miseria ó el silencio de la proscripcion.

Insistimos acerca del honroso recuerdo que merece el Dr. Lafinur, porque nuestra historia se ha concretado principalmente á la descripcion de batallas, olvidando el estudio del desenvolvimiento complejo de la sociedad. No figuran en ella otros nom-

bres que los de los militares y políticos, cuando la mayor parte de ellos, precisamente, no hicieron sino daño al pais, principiando por darle carácter industrial á sus profesiones, que debieron considerar como dignísimas misiones,—industria, que me permito calificar de infame, porque tiende únicamente, por vanidad ó avaricia, á adquirir renombre ó riqueza á costa de la patria, sin recordar que ésta es una madre común y mereció, por su juventud é inexperiencia, por lo menos la union de todos sus hijos y hasta el sacrificio para constituirla, y no la discordia, que la llevó al fin á la dictadura; pero cuando se escriba como la de las naciones europeas, veremos que la pluma y la idea fueron más eficientes que la espada y la accion en el adelanto de la sociabilidad. A aquéllas únicamente somos deudores de nuestro movimiento intelectual, que ahora mismo contrarrestan continuamente, en nombre de la libertad, las tendencias centralistas de los gobiernos y anárquicas de los partidos, para mantener el rango de pueblo culto que debemos gozar ante el mundo civilizado. Admiraremos, entonces, al par de Lafinur, las figuras luminosas de los oradores, escritores y poetas que han producido, inspirados por el verdadero patriotismo, el nivel científico que hemos alcanzado y que es la causa generadora de las conquistas políticas é institucionales.

Cada uno comprende la patria segun su indiosin-

cracia. El militar crée servirla con la espada, el poeta con sus cantos, el publicista con sus páginas ardientes y el orador con la palabra fogosa. Diráse que la idea, para ser eficaz, requiere la accion; pero ¿qué militarismo necesitaba nuestro pais despues de la revolucion? La victoria de Caseros, fué, ciertamente, un hecho histórico, trascendental; pero ¿acaso Rosas se produjo á sí mismo? ¿No fué producto de la anarquía, engendrado por la demagogia? Solo aprovechó á la gloria del general Urquiza, pues el pais no hizo sinó retrotraerse treinta años inútilmente. La idea, por otra parte, es susceptible de discusion, de perfeccionarse y no ser practicada, si resulta contraproducente, mientras que la accion es irremediable.

No todas son flores, ciertamente, en el camino de la política. Ahí están el ostracismo de San Martin, el juicio de Belgrano, el fusilamiento de Dorrego, el asesinato de Lavalle y el destierro de Rivadavia, fines, indudablemente, trágicos y melancólicos; pero la mayor parte de ellos cometieron, en su vida pública, errores, errores de ineptitud, de perversidad, de apasionamiento, de ignorancia ó de buena fé. ¿No habrán sido aquéllos, en un país, como el nuestro, donde aún no ha nacido la justicia humana, efectos providenciales de sus propias acciones? A mí, francamente, no me conmueven, porque si combatieron por la gloria,

que sería el móvil más noble que podrían alegar, pero que jamás debe ser ideal, harto se la han discernido, aún á los que no la merecen, las historias político—militares, á punto de que, extraviando el criterio vírgen del pueblo, éste está llenando nuestras plazas con sus estátuas. Me inspiran lástima Maziel, sacerdote ilustradísimo y liberal, arrancado anciano y enfermo de su lecho por los esbirros del virey Loreto para sepultarlo en el *Presidio*, de Montevideo, dónde murió de pena; Mariano Moreno y los poetas Rojas y Luca, devorados por el mar insondable en la flor de su génio y de su edad; el tierno Iturri, que termina, henchido de amor patrio, sus dias en un convento de Italia, escribiendo nuestra historia; el animoso Miralla, que se pierde en la redondez de la tierra, sin que el Dr. Gutierrez, en treinta años de investigaciones, pudiera seguir el rastro de su planta, ni obtener siquiera una página de sus brillantes inspiraciones, habiendo sabido solamente que expiró jóven como Byron y empeñado en el triunfo de la libertad de un pueblo hermano; Florencio Balcarce, que cantó como un ruiseñor herido, y cuyas estrofas sollozan en las tardes los ombúes; Rivera Indarte, que cierra sus ojos proscripto en el Brasil, tísico, y sin ver caer la dictadura; Ascasubi, que lucha como un leon con la vida, cayendo rendido por la miseria, después de

legarnos, como Dumas y Balzac, un nuevo mundo literario, y entre cien otros como Echeverría, Gomez, Achega, Vieytes, Garcia, etc., etc., el Dr. Florencio Varela, que cáe apuñalado por la espalda al golpear la puerta de su caro hogar, porque recibieron talento, corazon, carácter,—se educaron para servir á su pais,—merecieron hasta gobernarlo, y ¡ya lo veis! la mayor parte de sus nombres, despues de una existencia pura, combatida por todos los infortunios, nos son desconocidos, quizá porque no hicieron derramar ni una gota de sangre y ni una lágrima!

¡Así es la vida! ¡Nó!; así es el criterio histórico, cuando lanzado en corrientes extraviadas, pierde hasta la nocion de la justicia! Preguntemos á Inglaterra cuál es su primera gloria, y nos dirá que es Shakespeare! Preguntémosle si ama mas á Nelson que á aquél, y nos responderá que al autor de Hamlet. La gloria intelectual, decididamente, no ha nacido aun en este continente, porque ha vivido en pleno predominio militar, creyendo ingénuamente, por la degeneracion de su historia, que es hijo de la fuerza y no de la civilizacion del mundo.

Ya tiene estátua el sargento Cabral. Eríjanse, enhorabuena, las proyectadas á Falucho y Cambaceres, desde que para ello solo parece requerirse un poco de bronce ó un trozo de mármol, el

sitio suficiente para una sepultura en lugar público y un puñado de dinero; pero, en tal camino, no veremos jamás las que marecen Rivadavia, Funes, el Dr. Alberdi, Echeverría, Moreno, Juan Cruz y Florencio Varela y el Dr. Gutierrez.

Es contra esta tendencia, patente en numerosas obras históricas, que clamamos, porque en vez de contrarrestar, con la dignidad de su autoridad, las pasiones populares, las ha fomentado, creando el amor á la gloria militar, enemigo de la libertad moderna y madre del falso patriotismo. ¡Ellas sirven de texto en las escuelas! ¡Son las que estudia la juventud para aprender historia nacional y amar á su país! ¡Qué extraño es que de las aulas vaya aquélla á los clubs políticos, imitando á sus héroes, para pretender asaltar los puestos públicos y despues los tesoros oficiales! Han subvertido las ideas, proclamando la preponderancia del sable y de la audacia hüeca sobre el mérito intrínseco de las facultades morales, y lógico es, entonces, contemplar la triste actualidad, manifestada por una revolucion permanente en los hombres y en las cosas.

No se extrañe que, al hablar de un pobre profesor, tratemos de reaccionar contra el avance de las ambiciones mundanas, porque éstas han abatido y pisoteado la bandera intelectual, estrellada con las ideas sublimes, trayéndonos á un estado

anárquico muy semejante al que produjo la dictadura de Rosas.

La accion es rápida, eficaz, pero librada al éxito, mientras que la idea es conciente, trascendental. La idea, sobre todo, es madre de la accion; crea principios, doctrinas, teorías, sistemas, y la gloria misma no nace sino del cumplimiento de los deberes para con la patria. Tarda muchas veces la idea siglos en triunfar, pero es por que, sin otra arma que el pensamiento, tiende solo á convencer y lucha contra intereses personales y egoistas. Sus representantes, entre tanto, desaparecieron en la oscuridad, abatidos por la lucha, pero dejando trás sí preparado el terreno á otras generaciones más felices. Así evoluciona, en el tiempo, la idea, mientras que los militares y estadistas tienen el consuelo de la vida pública. El Dr. Lafinur tuvo al menos la suerte de dejar un Tratado y presenciar en sus díscipulos y sucesores la continuacion de sus doctrinas. ¿Qué diremos de nuestro contemporáneo el Dr. Villegas, que por engolfarse en el espiritualismo de Cousin, predominante ya en estos pueblos, se agitó sin gloria un cuarto de siglo en su cátedra, saliendo de ella escuálido y sin publicar una página! Hé ahí otra desventura de la inteligencia. Así como el innovador, cuando la época le es contraria, se ve condenado al silencio, si no prefiere predicar en desierto, el generalizador, por falta de originalidad, se encanece sin brillo en el espacio de la ciencia.

¡Felices los que, como Lafinur, consiguen ligar su nombre á una reforma, ya creándola ó siendo los primeros en importarla á una sociedad! porque aunque terminen siendo víctimas, conquistan un puesto culminante y personalísimo en la aurora de nuestro movimiento intelectual. Debemos declarar que su actitud no nos asombra, porque Kant, á fines del siglo XVIII, ya había reaccionado contra la escuela sensualista; Schelling, fundado su panteismo subjetivo, tomando como base la nocion del yo,— y Hegel, creando su nueva filosofía. Solo hemos deseado, en nombre de una justicia equitativa, dejar consignada la accion en el pasado de este modesto argentino, porque son patriotas tambien los que sacrifican su existencia por la ciencia y el arte sin obtener más que la victoria de sus ideas, para impulsar una naciente civilizacion. Talvez hemos sido demasiado insistentes, pero hemos querido contrarrestar la tendencia militar y política impresa á nuestra historia, porque esta es de todos los que la hayan ilustrado con su abnegacion, á fin de propender á que abra en lo futuro sus puertas de par en par á las glorias de la inteligencia, siempre fecundas, por más oscuras y silenciosas que parezcan.

III

Casi todas las poesías que nos dejó el Dr. Lafinur, escribiólas en esta ciudad mientras estuvo al frente de su cátedra. No son muy numerosas, porque ninguno de los poetas de aquel tiempo hizo profesion de tal, ni merecen tampoco tan dulce nombre, en el rigorismo subjetivo de su acepcion, excepto Juan C. Varela y algun otro que se dedicó exclusivamente á las letras. Todos ellos, al pulsar la lira, moviólos el patriotismo, para propender al triunfo de la revolucion y de las ideas políticas que agitaron despues á la sociedad. El estadío de la prensa, que es hoy la única palanca popular, era, entonces, muy estrecho, y la poesía, por su general aceptacion, era una fuerza poderosa que esgrimía la gente culta y aun los militares, como Rojas, sin vanidad literaria, ni pretensiones de ningun género.

Esta tendencia estaba conforme con el espíritu filosófico de Lafinur, dado más á buscar la fuerza en las ideas que en el amaneramiento de las formas. No diremos que sobresaliera entre sus contemporáneos Su vuelo poético no es superior al de ellos, ni aun al de Luca ó Rojas, siendo tan

incorrecto como éstos, que escribían, como hemos dicho, con un fin político, á punto de que si sobreviviesen, nada les extrañaría tanto como verse hoy tratados de poetas.

Hé ahí otro de los vacíos de nuestra historia. Entretenida en quemar incienso á sus próceres, ha olvidado hasta los nombres de los que tambien se batieron en las batallas, porque solo alcanzaron los grados de teniente ó sargento mayor, como Lafinur y Luca, y por haber despreciado el movimiento intelectual, sus figuras solo aparecen en el parnaso. ¡Lafinur, poeta! Fué ante todo, como Luca, hombre de accion, y valióse de la filosofía, su arma predilecta, para combatir las preocupaciones, regenerando las ideas, á fin de poner el nivel intelectual de su pais á la altura de los principios conquistados!

Aquí está la oportunidad de estos escritos. Toman, bajo el título de poetas, á los antepasados que la historia olvidó y relegó al parnaso, como si fuera una inclusa, y los estudia al través de su sicología y de su propia vida, para definir sus personalidades y apreciar la influencia que ejercieron en su época. Aceptamos para Lafinur el título de poeta, porque hay que entender, históricamente, por tal á los que cultivaron las musas, aunque su profesion de filósofo le señalara una senda esencialmente social.

Cualquiera diría que fué un antecesor de Encina.

Nó; toma de los acontecimientos lo sustancial, es decir, las ideas que producen enseñanzas, y en su loor entona cánticos para perpetuar su recuerdo ante la posteridad. Allí se descubre su espíritu de filósofo y en la escasa atraccion objetiva que le merece la naturaleza; en lo restante, como dijimos, es un vate, como casi todos sus contemporáneos, que toma el verso para empujar la marcha de los sucesos.

La muerte del general Belgrano, á quien tanto admiró, arráncale estrofas que llenaron su alma de uncion, haciéndole pensar en la inmortalidad y en el recuerdo eterno que deben los pueblos á sus benefactores. Relata sus victorias, su patriotismo y virtud, y despues de pedir que se abra el templo de la historia para recibirlo, exclama:

Mas vosotras,
Vírgenes tiernas, que otra vez sus sienes
Coronásteis de flores, id á la urna,
Y deponed con ansia reverente
El apenado lirio; émulo hacedlo
De los mármoles, bronces y cipreses!

Esta composicion es pesada, hasta fría. Vaga sobre lugares comunes y solo llama la atencion por su principio:

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas losas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Las justos y la tierra se conmueven?...

Sobre este tema escribió otras dos, que las creemos superiores. La que titula *Canto Fúnebre*, tiene este comienzo feliz:

¿Adónde alzaste fugitiva el vuelo,
Robándote al mortal infortunado,
Virtud, hija del cielo! ..

Aunque debió dirijirse á la muerte, en vez de á la virtud, conserva siempre esta estrofa su noble entonacion, y queda en la memoria como una de las más bellas que haya él producido. Podemos aplaudir todos los principios de sus composiciones, como el de la Oda á la oracion fúnebre pronunciada por el Dr. Gomez en las exequias del mismo general, aunque recuerda demasiado á Byron. No es de extrañar, porque los poemas del bardo inglés, en aquellos años, estaban en universal voga, dejando sus rastros hasta en Echeverría. Hé aquí su manera de comenzarla, que recuerda á Parisina:

Era la hora: el coro magestuoso
Dió á la endecha una trégua, y el silencio,
Antiguo amigo de la tumba triste,
Sucedió á la armonía amarga y dulce!

Aparece otra vez la virtud llorando la muerte del guerrero, y al escucharse sus acentos, tiene esta bella exclamacion:

¡Los oyeron
Los hombres ...y de serlo se dolieron!

Termina así, dirijiéndose al orador, Dr. Gomez:

Viva en nosotros tu oracion sagrada
Como el fuego de Vesta; orgullo sea
De las divinas letras, pesadumbre
De los tiranos, ornamento digno
De la Pátria, que al héroe mil veces
Más que mármoles, bronces y cipreces!

La batalla de Maipo y la libertad de Lima le merecieron dos extensas composiciones, en las que describe el desaliento público, por los desastres y la guerra cruenta, y el entusiasmo que sobrevino á consecuencia de aquellas glorias que sellaron la independencia del continente. Así entendían cumplir su mision nuestros antiguos poetas, celebrando, desde la cátedra, la prensa ó el cuartel, los triunfos militares, para mantener ardientes en el pueblo el patriotismo y la constancia. Tan noble intencion, bastaría para librarlos de la crítica prolija, aunque muchos de ellos, como el mismo Lafinur, nos han dejado bellezas muy dignas de recordarse. Sea cual fuere el destino que ellos tengan en el porvenir de las letras, podrán siempre enorgullecerse, porque sirvieron con el estro á su época y sin demandarle nada en cambio.

Este género de composiciones y otras de menor importancia, ocuparon su actividad aun despues de bajar de la cátedra, así como la publicacion de *El Curioso*, periódico científico y literario, que redactó algun tiempo en compañía del célebre sacerdote liberal, Sr. Camilo Henriquez. Contribuyó

con este semanario al progreso de la literatura, tratando al mismo tiempo temas políticos y sociales, reservándose su compañero la seccion de historia y de medicina. Corta fué su existencia. Solo aparecieron cuatro números, porque sintiendo Lafinur reaparecer el mal que le arrebató del mundo tan prematuramente, vióse en la necesidad de buscar aires más benignos.

El Dr. Felipe Jofre, hablándome hace poco sobre Lafinur, me refirió que su nombre forma parte de la tradicion universitaria de Córdoba, y que allí es aun recordado con respeto por la juventud estudiosa. Sabiendo que tenía en prensa este trabajo, agregóme que estando Lafinur un Domingo á la noche, sentado á la mesa con varios amigos, llega la noticia de que dos jóvenes distinguidos, recientemente casados con dos hermanas, habían perecido ahogados horas antes en uno de los canales de San Fernando, donde fueron á una excursion de caza. Este suceso, que debía ser público al día siguiente, conmovió á los comensales, y uno de ellos rogó á nuestro poeta que escribiera algo en su obsequio. Pronunció, bajo la impresion del momento, esta improvisacion:

De un suceso desgraciado
Que á dos personas tocó,
Cada una de ellas perdió
Un marido y un cuñado.
Cuatro fueron de contado

Los muertos, según se vé,
Mas según lo que yo sé,
Dos murieron solamente,
Y quien dude, impertinente,
Adivine cómo fué.

En 1821 partió á Mendoza y fundó un colegio. Reservóse la cátedra de filosofía, continuando siempre, como aquí, la dilucidacion de su sistema. Halló bien pronto un adversario en *El Amigo del Órden*, periódico redactado por el domínico Torres. Esta oposicion no impidió que el Cabildo mendocino le nombrara profesor de aquella asignatura en el Colegio de la Santísima Trinidad, regenteado por el Dr. Guiraldes.

La juventud de esa ciudad, que á su llegada le recibió con simpatía, principió á agolparse á sus clases para escuchar su conciente palabra, famosa ya por su ardor y los progresos que evocaba. Halló, felizmente, en el Rector Guiraldes, que era liberal, un superior que sabía hacer oidos sordos á sus doctrinas, y para contrarrestar la prédica ultramontana del periódico de Torres, fundó otro titulado: *El Verdadero Amigo del Pais*. Guiraldes llegó hasta ayudarle en esa tarea, y sabiendo que la union es madre de la fuerza, atrajo á sí varios jóvenes ilustrados, como Delgado y Villanueva, para obtener más fácil victoria contra el escolasticismo, que pesaba tambien como una capa de plomo sobre la enseñanza de esa juventud.

Lafinur logró bien pronto ser tenido como gefe de aquel núcleo, que poseía el apoyo moral de cuanto encerraba de elevado la sociabilidad de Mendoza. Hubo momentos en que él apareció llenando ese escenario; los ecos de su propaganda llegaban hasta esta capital, trasmitidos por *El Argos* con gran contentamiento de sus lectores, cuando un úkase del cabildo lo destierra á San Juan. Era *El Amigo del Órden* que vencía á *El Verdadero Amigo del Pais*, en la lucha tenaz que se habían declarado, porque las autoridades mendocinas, cediendo, por debilidad, á las aberraciones clericales, prefería darle á aquél la palma, cuando había allí una generacion sedienta de adelanto y que habría aplaudido ardorosamente que se hubiese respetado la libertad de pensamiento. Lo peor del caso es que el pobre Guiraldes, que fué simple colaborador, quedóse sin su rectorado, y tuvo que alistar su equipaje para emprender el inesperado viaje.

Lafinur, al abandonar á Mendoza, dejábale un recuerdo de su lira. Para celebrar el aniversario del 25 de Mayo de 1822 compuso un *Himno Patriótico*, que los alumnos de su colegio cantaron en la funcion dramática de esa noche, recibiendo el autor congratulaciones que hicieron menos triste su partida. Dejaba allí amigos y una juventud que escuchó con avidez el proceso de sus ideas; pero era necesario cumplir la órden del Cabildo. Partió,—más no á San

Juan, porque estaba convencido de que su tierra no era aun apta para recibir en el terreno de la ciencia ninguna reaccion liberal. El recuerdo de su cátedra en San Cárlos y los sinsabores que en ella experimentó, le habían ya demostrado tan triste realidad; pero ¡cuesta tanto abandonar la patria!....Su estado era por demás precario, y aunque su existencia fué un viaje contínuo, quiso, como última prueba, en obsequio á su ideal, tentar mejor suerte fuera de la andina provincia.

Ya sabeis cómo salió de ella: desterrado, cual si hubiese cometido un crímen! ¿A dónde ir, pobre, oscuro y sin profesion! La duda debió asaltarle, y al nublarse su frente, sentiría hasta bambolear su pié sobre la tierra! Fué, entonces, que, por primera vez, pensó en sí. Vió que tenía veinticinco años y la urgencia de adquirir una carrera que subviniese á sus necesidades. Fijó sus miradas en Chile; pero corría el mes de Julio. ¿Cómo atravesar la cordillera! Los huracanes de nieve cerraban el paso, y el frío, en tal estacion, quema en esas alturas como el fuego! No podía tampoco permanecer en Mendoza; faltábale dinero para ir á Charcas, en cuya Universidad habría sido recibido como un amigo, y firme en su resolucion, tomó el mismo camino del ejército de los Andes, llegando en pocos dias á Santiago.

Su adverso destino, creyendo quizá sepultarlo, le abría sin saberlo las puertas del porvenir. Ingresó

en la Universidad de aquella capital. Activo, eminentemente social, supo bien pronto captarse, como aquí y en Mendoza, las simpatías de la juventud de aquel centro y relacionarse con los profesores y personas más ilustradas, teniendo la satisfaccion de recibir consideraciones que no consiguió en su pais. Consagróse al estudio de una manera tenaz, como solo sabe hacerlo un filosofo, y repartía sus horas de descanso en la prensa y en las asociaciones literarias. Tuvo tal éxito en sus afanes, que antes de año y medio de residencia logró graduarse en derecho y arraigar su posicion, que le principió á brindar ya los alhagos de una existencia más holgada.

Colaboró en varios diarios de esa capital, y en un banquete dado allí el 9 de Julio de 1823, para festejar nuestra independencia, le vemos figurar en primera línea y ser uno de los oradores más aplaudidos. Recitó esa noche una improvisacion en verso, que despues la hemos visto aparecer entre sus mejores composiciones, y fué su última, porque estaba en el comienzo de una carrera más práctica, que embargaba su atencion con cuestiones abiertamente diferentes.

El Dr. Lafinur era muy sociable, y poseía una prodigiosa verbosidad, ese don de los verdaderos oradores, y que el hábito del profesorado acentuó con rasgos fundamentales y ciceronianos. Amaba la música,

y llegó á ser, como el Dr. Alberdi, un pianista distinguido. Así como supo captarse las simpatías de los hombres, su presencia era saludada en el seno de las familias con señales de regocijo. El bello sexo, juzgándolo por su apariencia, le tomó por un dandy inveterado, especialmente cuando le veía tocar las piezas más modernas y festivas. Las damas y niñas, ignorando las causas de su destierro, veían en él un simple huésped, que quizá viajara por placer, cuando representaba en Santiago nada menos que la avanzada de la inmigracion argentina, que debía seguirle quince años despues para escapar de las persecuciones de la tiranía.

Estos hábitos sociales, al complementar su educacion, borraron esas huellas sombrías que dejan en el carácter los estudios abstractos y las agitaciones del pensamiento. Era un hombre de mundo, tal como lo entendemos en nuestros pueblos, y tan independiente ya, por sus propios esfuerzos, que decidióse á contraer matrimonio con una distinguida señorita de esa capital; pero ¡todo fué en vano!... El gérmen fatal, que llevaba en su organismo, recrudeció repentinamente y lo apartó del trabajo, de la sociedad y del trato de sus amigos, condenándolo al melancólico crepúsculo de ver deslizarse por su ventana los breves dias que le quedaban! ¡Campañas de Belgrano, controversías de San Cárlos y de Mendoza, luchas de la prensa, poesías! no eran ya esperanzas de mejores triunfos, sino recuerdos que rodaban como olas fatídicas hácia un horizonte sombrío! Vió trocada su luna de miel en agonía, y su pálida compañera fué el ángel de su destierro, enviado por el destino, para que le diese el último vaso de agua, deponiendo sobre su féretro la corona de azahares, marchitos por tan rápido infortunio!

¡Tal fué su existencia y muerte! Cerró los ojos cual verdadero filósofo, creyente en Dios y en la inmortalidad, profundamente tranquilo, y léjos de la patria, proscripto, como todo el que osa, en época de oscurantismo, enseñar la verdad y predicarla con amor [1]. Soldado, profesor, escritor y poeta, deja, en las varias sendas de su vida pública, su paso estampado con conciencia y abnegacion. Cuando se escriba la historia de los orígenes de nuestra ciencia, tendrá ella que proclamarlo noble adalid de la libertad del pensamiento y precursor del movimiento científico, que inspirándose en la revolucion, dió en tierra con los viejos sistemas del coloniaje. Vivió, como verdadero escritor, fogueado por la tinta de la imprenta, y hasta sus poesías, agenas al mundo real, condensan esas aspiraciones fecundas, que evaporan ideas, señalando el vuelo de un espíritu idealista y herido por la perfectibilidad. Tuvo el

(1). El Dr. Lafinur falleció el 13 de Agosto de 1827 á los veinte y siete años y medio de edad.

mérito de la accion, es decir, aquella enerjía que arranca al hombre de la contemplacion estéril para llevarlo al debate de las cuestiones sociales, sin que lo retrajesen egoismos ó desalientos. Nunca abandonó la fé en los destinos de la ciencia. El pensamiento fué su fuerza, y vibró hasta en su último aliento como un preludio de la inmortalidad!

Yo sé bien que nuestras modernas generaciones, nacidas en un medio social superior, son más vigorosas, porque la ciencia es la inteligencia que, á través del tiempo, adquiere mayor extension; pero no veo que nadie se digne representar ideas y corra los riesgos de su proceso. Hablo de las ideas que entrañan un progreso en la ciencia, en la sociedad, en el gobierno ó en las instituciones, y no de las que se agitan en la comedia de la política. El *yo* ha sustituido á la patria, y nadie quiere salir de su egoismo, temiendo desaparecer como en el mar. ¡Profundo error! nobilísima mision es encarnar los principios, y los pueblos nuevos, sedientos están de verdad y dispuestos á coronar á los que se sacrifiquen por ellos.

Las épocas de positivismo son nubes que pasan. Amen los jovenes las ideas, luchen por ellas con abnegacion, como Lafinur, y la sociedad, al respirar civilizacion, se sentirá feliz. El egoismo es individual. Las muchedumbres viven bajo el sentimiento

de la esperanza y la aman como un ideal. Que haya apóstoles, y se las verá ponerse de pié y marchar á la conquista de las ideas, como las alegres caravanas del desierto bajo las luces del firmamento.